

prenderse en momentos de necesidad. Y así sucedió en esos años: en medio de la crisis económica en la que nos hundimos todos comenzó a florecer el mercado del libro usado. Las familias tuvieron que vender sus viviendas, sus pertenencias. Reducir sus espacios. Muchos se fueron del país y los libros no son fáciles de llevar. No. Las bibliotecas hechas con «entusiasmo y perseverancia» (como diría Pablo Neruda, bibliómano entre otras cosas) se transformaron en la posibilidad de solucionar por un momento la emergencia que amenazaba por todas partes. Fueron (así suene a paradoja) el agua para poder apagar los incendios. Es este, también, el momento en que este librero y lector que ahora está conversando con ustedes, intentando ordenar unas ideas y esperando no estar delirando tanto, se transforma: deja de ser empleado y se convierte en propietario de su negocio (junto a otros compañeros con los que dio la mano para poder empezar).

Casi todas las pequeñas librerías cerraron por quiebra o cansancio. Comenzaron a aparecer por doquier, a veces en sitios totalmente inesperados, pequeñas librerías de libros usados que, en algunos casos, pretendían cambiar la relación entre el lector y el libro: si el libro (o la lectura para ser más específicos) es una necesidad y un placer hay que despojarlo del oropel que muchas veces lo rodea y esconde para que pueda volver a circular de mano en mano con mayor facilidad. El mercado del libro usado volvió a nacer y florecer. En medio de las crisis que nos rodea es una de las alternativas y posibilidades a lo que se nos vino encima como una mole o un *mall*: las grandes superficies. Las librerías pequeñas desaparecieron, las posibilidades de diferencia, de personalización fueron borradas por la homogenización del mercado: todas las librerías que quedaron (con muy pocas y maravillosas excepciones) son las mismas, venden los mismos libros a los mismos precios. Entrar a una es entrar a todas. El mercado controla hasta lo que se «debe» leer: solamente circula lo que este quiere. Hay libros, autores, editoriales, temas que desaparecen, se invisibilizan: son posibilidades de apertura y crecimiento que perdemos. Las librerías de usado se convierten entonces en las vanguardias y retaguardias de los lectores. Y es aquí donde, por fin vamos a entender (espero) el título de esta ponencia que ya se está tornando un poco larga y fatigosa. El papel del librero es funda-

mental. Si este es consciente de su oficio, si lleva hasta las últimas consecuencias su vocación puede ayudar a la transformación del mercado y, por ende, de los lectores. Al convertirse en hacedor (Jorge Luis Borges también cabe aquí), en realizador de deseos, transforma al lector: lo que se busca y no es ocultado por diversas razones (derechos, distribución, traducciones, reediciones) es posible hallarlo y cambiar el paradigma: la lectura puede ser una posibilidad de conocimiento y cambio no limitada por los caprichos del mercado. El librero se transforma así en un partícipe del cambio. Los ojos se abren, la mente se expande, el mundo es ancho mas no ajeno (no hay que olvidar tampoco a *Ciro Alegría*).

La lectura, que puede ser entendida y asumida también como un trabajo, modifica al hombre: nos transforma. El papel del librero, entendido así, es fundamental. Desde cada uno de los espacios, desde cada una de las vocaciones es posible intervenir y actuar.

Los libros pesan mucho, se multiplican como conejos, es cierto. Pero ahí están esperando por nosotros, los lectores, a que los abramos y nos enfrentemos a «otras voces, otros ámbitos» (*Truman Capote* no nos es ajeno). Los libreros son agentes del cambio del mercado. Si el trabajo transformó al mono en hombre, el librero puede transformar al libro: de objeto de lujo a posibilidad de libertad ©

